

*Lo que Romeo
no hizo por
Julieta*

The book cover features a central illustration of a man and a woman in silhouette, sitting on the ground and looking at their smartphones. They are framed by a large, glowing blue and purple silhouette of a couple's profile. The background is a night sky with stars and a crescent moon, transitioning into a sunset scene with trees and a city skyline.

VERÓNICA
CARRANZA

VERÓNICA CARRANZA

Lo que Romeo no hizo por Julieta
La historia de una promesa



Lo que Romeo no hizo por Julieta

Primera edición: Septiembre 2022

©De esta edición, Luna Nueva Ediciones. S.L

© Del texto 2022, Verónica Carranza

©Dirección de publicación: Gabriel Solórzano

©Edición: Vanessa Reyes

©Diseño de cubierta:G.GReyes

©Revisión y diseño: Jael Jaramillo

©Maquetación: Gabriel Solórzano

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos,
las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma,
sin previa autorización escrita del autor.

Luna Nueva Ediciones apoya la protección del copyright y
está en contra las copias ilegales realizadas sin permisos expreso
del autor o del sello editorial Luna Nueva S.L

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad
en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura libre.

edicioneslunanueva@outlook.com

Luna Nueva Ediciones.

Guayas, Durán MZ G2 SL.13

ISBN: 978-3254-5687-9-3

A todos los que alguna vez se enamoraron y les rompieron el corazón.
A ti por haber inspirado esta historia.

“A veces, el valor de los sueños radica, no en las fantasías que imaginamos,
sino en su poder para entretenernos sin recordar la realidad”.

Javier Ruescas – Prohibido creer en historias de amor

Estaba pensando en todo lo que habíamos vivido hasta hoy, todo lo que tuvimos que pasar para poder estar juntos. Aquello que tuvimos que enfrentar para poder seguir adelante, la lucha continua, cada hora, minuto y segundo de mi vida pasaron por mi mente. Todo aquello que las personas suelen llamar recuerdos o tal vez simples destellos de lo que una vez fue mi realidad. Lo que voy a contarles no es una historia de amor perfecto, mientras más lo pienso, está lejos de ser lo que todo el mundo cree. Esta es la historia de dos corazones unidos por lo que yo creía que era un amor de verdad.

Contenido

- [Capítulo 1 El inicio](#)
- [Capítulo 2 Coincidencia](#)
- [Capítulo 3 La Graduación](#)
- [Capítulo 4 Luz y oscuridad](#)
- [Capítulo 5 Primera prueba](#)
- [Capítulo 6 Segunda prueba](#)
- [Capítulo 7 Recuerdos](#)
- [Capítulo 8 La Elección](#)
- [Capítulo 9 Inmarcesible](#)
- [Capítulo 10 Resiliencia](#)
- [Capítulo 11 Serendipia](#)
- [Capítulo 12 Detalles](#)
- [Capítulo 13 Problemas](#)
- [Capítulo 14 Relativa felicidad](#)
- [Capítulo 15 Temo perderte](#)
- [Capítulo 16 Separación](#)
- [Capítulo 17 Vacío](#)
- [Capítulo 18 Reencuentro](#)
- [Capítulo 19 Verdades](#)
- [Capítulo 20 Esperanza](#)
- [Capítulo 21 Cambios](#)
- [Capítulo 22 Decisión](#)
- [Capítulo 23 Felicidad](#)
- [Capítulo 24 Sueños](#)
- [Capítulo 25 Cerezos](#)
- [Capítulo 26 Instantes](#)
- [Capítulo 27 Atisbo](#)
- [Capítulo 28 Sospechas](#)
- [Capítulo 29 Revelación](#)
- [Capítulo 30 Jaque](#)
- [Capítulo 31 Inexorable](#)
- [Capítulo 32 Jaque Mate](#)
- [Capítulo 33 Nodus Tollens](#)
- [Capítulo 34 Ocaso](#)

[Capítulo 35 Escombros](#)

[Capítulo 36 Existencia](#)

[Capítulo 37 Confesiones](#)

[Epílogo](#)

[Notas del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

CAPÍTULO 1

El inicio

Me encontraba en mi habitación, como todas las tardes detrás de mi computador, navegaba entre página y página mientras la música sonaba en el reproductor. Para ser sincera era una tarde bastante aburrida, no había nada nuevo en la televisión, ni en la radio y al parecer tampoco pasaba nada en mi vida. La brisa apenas tocaba los cristales de mi ventana, incluso podría decir que ni los tenues rayos del sol venían a visitarme, iluminaban de forma casi imperceptible mi habitación como si supieran que al ingresar en ella iban a desaparecer. Era lo que sucedía casi siempre con todo lo que entraba en mi vida, a veces eran solo minutos, otras veces duraba un poco más, pero al final, todo terminaba desapareciendo. Historias, amigos, novios e incluso la vida misma se iba en un suspiro.

Me encontraba ensimismada en mis pensamientos cuando la voz de mi hermana llegó a mis oídos.

—¿Pau, estas ahí? —Dijo mientras llamaba con tres suaves golpes en la puerta.

—Aquí estoy, ¿Qué sucede? —Contesté sin despegar la mirada de la iluminada pantalla de mi ordenador.

—Tienes una llamada —la miré mientras dejaba el teléfono sobre la cama, una sonrisa brotó de mis labios como agradecimiento.

Miré el teléfono por unos segundos antes de contestar, el hecho de que recibiera una llamada de alguien ya era bastante extraño, por lo general las únicas personas que tenían acceso a mi número telefónico eran solo mis amigos más cercanos. No tenía idea de quién estaba al otro lado de la línea, pero estaba consciente de que sería una falta de respeto no responder, así que tomé el teléfono en mi mano decidida a descubrir de quien se trataba.

—¿Hola? —En el instante en que escuché su voz, supe quién era y eso solo hacía aún más extraña la llamada. Lucía, era una chica del colegio con la que apenas hablaba, la verdad era que no me agradaba y estaba segura de que a ella le pasa igual.

—Hola ¿cómo estás? —Hablé con cierto desdén, deseaba que me dijera de una vez que era lo que quería, no me molestaba conversar con ella, pero detrás de esa pequeña rivalidad había una historia que decidí hace tiempo

dejar atrás.

—Bien, aunque aún no termino la tarea. Por cierto, me contaron que te gusta leer —suspiré al darme cuenta de que no sería una llamada corta, lo que le habían dicho era verdad, leer era una de las pocas cosas que realmente amaba.

—No te mintieron, me gusta leer y bastante —a decir verdad, no sé qué podría esperar de ella, no solía hablar de lo que me gustaba hacer con nadie, se podría decir que era feliz siendo yo misma sin que los demás pensaran que era rara, ya que por lo general las personas tienden a criticar a los que son diferentes a ellos y tenía que admitir que yo lo era.

—Me pasaron una página en la que puedes interactuar con otras personas que sienten el mismo amor por los libros que tú y la verdad es que está genial —su tono de voz había cambiado conforme me contaba más acerca de ello, podía notar la emoción que eso le causaba. La curiosidad me venció en ese instante y después de darme la dirección, aún emocionada se despidió.

Observé por un momento el pedazo de papel que sostenía en la mano, pensaba que no podía perder nada buscando aquella página, ignoraba todo lo que sucedería después. Dejando el teléfono sobre la cama volví a mi computador.

En efecto, era una página dedicada a los fans de una de mis sagas favoritas, en cuanto abrí esa ventana fue cuando mi vida cambió. Era increíble el mundo que había encontrado allí, la magia se podía observar en cada palabra y posteo que aparecían con el paso de los minutos. Aquello era como un sencillo juego de rol en el que te ofrecía la oportunidad de ser quien tú quisieras, sin límite alguno ni restricciones. Desde algo extraordinariamente perfecto y mágico hasta algo tan sencillo como lo eran los humanos. El único límite era nuestra propia imaginación y consideré esa mi oportunidad para huir.

Día tras día después del colegio me perdía en aquel mágico mundo, en aquella pequeña página que se había vuelto mi hogar. Jamás habría pensado encontrar personas tan parecidas a mí, algunas con los mismos problemas, otras con situaciones un poco más graves, pero al final todos estábamos ahí porque queríamos huir de algo. La realidad para la mayoría de nosotros no era como se supone que debía ser, teníamos fantasmas que con frecuencia nos perseguían, algunos cargaban con el peso de un doloroso pasado que deseaban cambiar. La mayoría de ellos llegaron allí por alguna razón, la mía

era bastante sencilla, el mundo que existía detrás de las paredes de mi habitación ignoraba mi existencia.

Era una mañana poco común para la más joven de la familia Evans, quien se encontraba en su habitación terminando de arreglarse para ir a la academia, los rayos de aquel brillante sol de verano traspasaban el cristal de la ventana iluminando hasta el último rincón de la habitación. Estaba terminando de peinar aquella extensa cascada de hermosos rizos castaños que se extendían hasta la mitad de su espalda, su mirada observaba detenidamente su reflejo en el espejo que tenía enfrente revisando así que su presentación fuera impecable y la correcta para la ocasión.

Caminó hacia la ventana desde la cual se podía observar un inmenso y hermoso jardín lleno de las más hermosas flores, pero para ella no podía existir nada más bello que las rosas. Suspiró cautivada por el olor que desprendían cada una de las flores de aquel colorido jardín, guardó su capa en su mochila, revisó sus libros asegurándose de que estaba todo listo.

—Volveré en la tarde —dijo mientras cruzaba la enorme puerta de roble que daba al jardín. Salió de la residencia acompañada de su pequeño guardián, un samoyedo cuyo pelaje era tan blanco como la nieve, y su lealtad tan fuerte e inquebrantable como un huracán. Al ver que se disponía a seguirla, con pesar añadió—, esta vez no puedes acompañarme, no te dejarán entrar. Te traeré algo cuando regrese.

Siguió su camino por algunos minutos a través de los jardines del internado, había guardado la esperanza de poder saltar esa etapa de su vida, pasar al siguiente nivel, pero era necesario que lo hiciera. Finalmente se encontró frente a ella la puerta de su viejo instituto, su antiguo hogar. Su madre le había asegurado que allí aprendería todo lo que tenía que saber para poder superarlo, estaba segura de que la aceptarían pues creía en la posibilidad de que esta vez todo iba a ser diferente.

Decidida, atravesó el umbral, subió los escalones hacia el segundo piso, tan solo con unos cuantos libros en el interior de su mochila y el valor que guardaba en el lugar más recóndito de su corazón.

Al ingresar al salón de clases, su mirada recorrió brevemente el lugar en busca de un asiento libre. Había pasado ya algún tiempo antes de que

volviera a retomar sus estudios, si bien nunca los había abandonado del todo, estaba consciente de que no era lo mismo recibir clases particulares con tutores en casa a tener clases con otros chicos de su edad.

Decidida se dirigió hacia uno de los asientos que se encontraban junto a la ventana al fondo del salón. El paisaje que se podía observar a través del nítido cristal era impresionante, los jardines de la escuela se extendían hasta unirse con el azul del cielo en una línea casi imperceptible. Un leve suspiro brotó de sus labios en el instante en que escuchó su nombre, volvió su mirada hacia la persona a la que le pertenecía aquella voz.

La persona que la había llamado era una mujer, cuya edad, según calculaba rondaba entre los cuarenta o cuarenta y cinco años. El azul marino de su traje y el par de anteojos que descansaban sobre su delgada nariz, revelaban su puesto en la institución. Según lo que podía recordar, el color del uniforme de los profesores no variaba según el curso al que impartían clases.

Lo que no sucedía con los alumnos, los chicos de primer año llevaban el uniforme de color rojo oscuro, en cambio a los de segundo año les correspondía el color verde olivo. Los de tercero tenían el uniforme amarillo, en cuarto curso el color cambiaba a un azul cielo bastante agradable. Los colores eran un poco más sobrios al llegar a los dos últimos cursos de la academia, telas de color púrpura vestían a los alumnos de quinto año. Teniendo en cuenta el nivel académico que debían adquirir para llegar al último año, su uniforme era una combinación perfecta de blanco y negro.

—Arya Evans —dijo una vez más, leyendo las hojas que sostenía en sus manos.

—Lo siento, me distraje un poco —respondió la joven algo apenada, llevaba ya algún tiempo con la mirada perdida en la línea infinita que marcaba el horizonte, que no se había dado cuenta de que la estaban llamando.

—El hecho de que parte del instituto pertenezca a tu familia no te asegura que vayas a pasar el curso sin realizar esfuerzo alguno. Eres muy inteligente, así que quiero ver que tengas todos los cinco sentidos puestos en mi clase.

Asintió ante la reprimenda que recibió por parte de ella. Llevaba semanas intentando adaptarse, convivir con otras personas nunca había sido su fuerte. Pero al parecer la directora había convencido a su madre que era la mejor opción para ella regresar, después de todo un colegio “normal” jamás la aceptaría. Sus compañeros eran personas excepcionalmente inteligentes, astutos, los estaban preparando para algo importante, algo grande, pero a ella

solo le importaba alejarse de su pasado y sobre todo mantener oculto su secreto.

Aún recuerdo que aquella fue una de las entradas que marcaron mi trayectoria en ese mundo, había escrito otro tipo de historias antes, pero en ninguna había puesto tanto de mí, como lo había hecho con esta. Lo único que tenía que hacer era esperar a que alguien más respondiera para poder continuar con la trama que cada uno iba creando, las palabras le daban vida a mi personaje sin saber que en cada una de ellas dejaba parte de mí ser.

Por la mañana iba al colegio y aparentaba ser lo que todos consideraban dentro de sus parámetros como “una persona normal”, estudiaba y hacía los deberes, intentaba interactuar con los demás, pero no me sentía completa, no se sentía bien. Las bromas pesadas por parte de ellos no paraban, más bien, aumentaban con cada día que pasaba, todo porque me negaba a formar parte de lo que ellos creían que era normal. Tenían una vida demasiado desordenada e intentaron hacer lo mismo con la mía. Había perdido la cuenta de las veces que tuve que repetir la tarea porque la habían destruido, así como también perdí la noción de las veces que deseé no tener que volver allá.

A pesar de que no todos se levantaban contra mí, las personas que podía decir que eran mis amigos eran realmente pocas. Comprendo que se sintieran deslumbrados por toda la diversión y experiencias que poco a poco iban adquiriendo, es bastante normal y comprensible teniendo en cuenta nuestra edad, pero las fiestas, el alcohol y toneladas excesivas de maquillaje no era más que el cascarón de un recipiente vacío, les costaba aceptar la claridad y sencillez con la que veía el mundo, pero eso ya no me importaba más, ahora tenía el mío propio, ahora sabía en dónde estaba mi lugar. Mi ropero mágico, el andén escondido en la estación de trenes, los pasajes secretos detrás de las pinturas, páginas de libros con olor a libertad. Todo eso, lo encontré ahí.

CAPÍTULO 2

Coincidencia

Con el paso de los días, la historia fue avanzando, al igual que lo hacía aquella hermosa mentira que le estaba contando a mi corazón. Era sencillo ser alguien más, poder empezar de cero sin prejuicios, sin límites, sin miedo. Mis calificaciones en el colegio subieron, así como mi amor por la lectura también se incrementó. Mi forma de escribir mejoraba notablemente, al igual que las habilidades que le había otorgado al personaje que había creado, estaba tan emocionada por cómo iban sucediendo las cosas, que no me di cuenta de cuándo ni cómo fue que caí en aquel gran error.

Caminaba por los pasillos del instituto con la mirada perdida en las páginas de su libro, siempre le habían encantado las historias de amor. Aquellas que ponían a prueba el concepto que tenía el mundo sobre el mismo, a veces pensaba que era bastante errado, las personas a la final jamás se quedaban juntas pero el tiempo que compartieron juntos era lo que finalmente importaba. Suspiró al terminar con aquella historia, su madre le había dicho que no era bueno que creyera en todas esas cosas, que al final nunca sucedían. Pero Arya se negaba a vivir una existencia vacía, sin emociones. Si bien es cierto nunca se había enamorado de alguien, tal vez porque no era completamente sincera con ellos, cargaba sobre sus hombros un terrible secreto y en cuanto las personas lo averiguaran, nunca más los volvería a ver.

Su padre era un simple mortal que cautivó el corazón de Ariana, pero desapareció sin saber que su esposa esperaba un bebé. A los pocos meses de haber nacido, sus abuelos maternos la separaron de su madre al darse cuenta del don que poseía su nieta. Al percatarse de lo que había heredado y lo peligroso que era si alguien lo llegaba a descubrir.

Vivió algunos años separada de ella hasta el día en que sus abuelos murieron, entonces Ariana volvió a buscarla para que volviera junto con ella a su hogar. Lo intentó, pero para ese entonces la brecha que las separaba ya era demasiado grande.

—Lo siento... —dijo un joven en el instante después de chocar con ella. Su

cabello era negro y al juzgar por el color de su uniforme se encontraba cursando su último año, al igual que Arya.

—No pasa nada, iba distraída —se disculpó al ver la expresión avergonzada del joven que tenía enfrente.

—No, fue culpa mía. Me llamo Kaleb —dijo presentándose mientras recogía unas hojas del suelo—. Creo que esto te pertenece —mencionó mientras le entregaba los documentos.

—Arya...y si, tienes razón, es mi ensayo final —respondió Arya mientras guardaba las hojas entre las páginas de su libro—. Por lo que veo este también es tu último año.

—Es verdad, aunque aún no hago el ensayo —sonrió al sentirse algo tonto ante la chica que tenía enfrente—, en teoría, tengo dos semanas para hacerlo, pero creo que si lo conseguiré.

—Debes estar bromeando. Dos semanas es poco tiempo, yo he venido haciéndolo desde hace un par de meses y aún no lo tengo terminado, creo que deberías apresurarte si quieres llegar junto con todos a la graduación —había sentido un poco de lástima por él, la verdad le molestaba un poco las personas que dejaban siempre todo para el último momento.

—Creo que tienes razón. Pero ¿Qué sería de la vida sin esas pequeñas descargas de adrenalina? Deberías divertirte un poco más, linda —añadió sonriendo como si fuera la respuesta más ingeniosa del mundo.

—En serio, creo que tienes un grave problema —sonrió ante lo que había escuchado, no podía creer la facilidad con la que una persona podía llegar a ser tan irritable, tan molesto e interesante a la vez.

—Y yo creo que tienes una linda sonrisa...

—Dudo que diciéndome cumplidos puedas borrar la primera impresión que me has dado —no pudo evitar reírse ante lo que estaba presenciando—. Debo irme, suerte con tu ensayo, Kaleb —se despidió mientras se alejaba por el pasillo.

—Es increíble —Kaleb murmuró para sí mismo, definitivamente la suerte había elegido estar de su lado ese día.

Aquel encuentro había sido algo inesperado, era increíble como las cosas podían cambiar de un momento a otro, Arya había estado en el instituto por los últimos cuatro años y nunca se había encontrado con él. Suspiró observando las hojas que tenía entre sus manos, hace mucho tiempo se había prometido a sí misma no volver a confiar en nadie.

La razón de que alguien tan joven como ella llegará a esa conclusión era sencilla, la mayoría de las veces cuando una persona se convertía en alguien importante para ella, la terminaba dejando. Sin importar las circunstancias, de una u otra manera con el tiempo volvía a estar sola. Por eso había levantado un muro a su alrededor, con la esperanza de que nadie nunca más pudiera lastimarla.

Esa fue la primera vez que lo vi, parecía un chico tan tranquilo, algo distraído pero alegre. En el tiempo en que estuve en la página no me había encontrado con alguien así, al parecer entendía perfectamente cómo me sentía e incluso se podría decir que estaba pasando lo mismo que yo. De momento mantuve mi verdadera identidad en secreto. Era lo que toda persona racional haría, sabía que no podía confiar en alguien de quien solo conocía su sobrenombre y una que otra cosa más.

En cuanto a lo que sucedía con el resto del mundo fuera de la pantalla de mi computador, todo seguía igual. Aún era la chica a la que nunca invitaban a las salidas, por más que lo intentaba, no lograba encajar en su entorno. Me esforzaba, pero al parecer nada era suficiente, mis calificaciones eran bastantes altas, pero la soledad seguía allí. Había logrado evadirla por un tiempo, pero siempre volvía.

—¿Terminaste tus tareas? —Gritó mi padre desde la cocina.

—Estaba por imprimirlas, ¿Necesitas algo? —Contesté lo más alto que pude ya que el sonido que hacía la impresora seguramente opacaría mi voz. Siempre me había preguntado porque esos aparatos tenían que sonar tan fuerte.

—Necesito que vayas a la tienda por unas cosas —su voz volvió a sonar, esta vez parecía que se encontraba un poco más cerca.

—Ahora bajo —dije mientras tomaba la chaqueta de mi armario junto con la correa de mi perro.

Podía sentir el viento que soplaba con fuerza, golpeando el cristal de la ventana. El clima en esta ciudad cambiaba a cada rato, podía ser un día soleado, uno de esos en los que lo único que quieres es un vaso de limonada bien fría y un ventilador, y a los cinco minutos, sin que nadie se lo espere, empezar a llover como si el cielo se cayera con cada gota.

—Listo, ¿Qué tengo que traer? —Pregunté mientras le ponía la correa a Sky, mi pequeño samoyedo, bueno, no era tan pequeño. Era una costumbre que él me acompañara a casi todos los lugares a los que iba, estaba segura de que, si me lo hubieran permitido, también iría conmigo al colegio.

—Te hice una lista, ve con cuidado porque parece que va a llover —mencionó mi padre mientras junto con el paraguas me entregaba una pequeña hoja de color amarillo—. Espero que no se me haya escapado nada, o sino estaremos en problemas cuando tu mamá llegue.

—Descuida, volveremos pronto —le regalé una sonrisa mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Mis padres eran de las pocas personas que se preocupaban realmente por mí, si bien es cierto a pesar de que creer que vivía en mi propio mundo, siempre me apoyaban. Estoy casi segura de que no ha sido fácil tanto para ella como para mi padre educarme, lo sé porque un par de veces pude escucharlos.

Ellos siguieron ahí, pese a que todo el mundo creyó lo contrario, estaban seguros de que yo no llegaría muy lejos, algunas personas les habían sugerido ver a un especialista o tal vez un psicólogo. Hubo una temporada en la que realmente les preocupaba que no pudiera continuar con mis estudios, mi hermana siempre fue buena en casi todo, tareas, exámenes, pero no le gustaba leer. Si ella tomaba un libro era porque tenía que hacer algún deber, en ese aspecto podría decirse que la había superado. Mi hermanito era muy pequeño para entenderlo, en esa época lo único que le importaba era jugar. Pero conmigo la situación era totalmente diferente.

Creo que no podría contar el número de veces que mis profesores llamaron a mi madre, a decirle que no sabían que hacer conmigo, que siempre estaba con mi mente en otro lugar y que mi atención era bastante dispersa.

Mi imaginación era algo que nadie jamás entendería porque mis pensamientos aparecían y corrían aún más rápido que los de los demás. Podía estar dibujando una mariposa y en un instante convertirla en un hada con toda una historia por detrás. Al inicio solía mostrar lo que hacía, mis dibujos, mis escritos, pero conforme pasaba el tiempo me fui dando cuenta de que a las personas les parecía extraño y que se alejaban de mí. Así que dejé de hacerlo.

—¿Crees que exista la posibilidad de que haya perdido la cabeza? —Sonreí en busca de una respuesta en su mirada. Mi Sky, al parecer era el único que no

creía que algo estaba mal conmigo.

CAPÍTULO 3

La Graduación

Era increíble como en un par de semanas todo podía cambiar, se podía decir que era feliz, los comentarios de mis compañeros del colegio ya no me importaban tanto, ya no dolía como solía hacerlo. Mi antes debilitada coraza se había convertido en una resistente armadura, porque no estaba dispuesta a que los pensamientos de los demás me afectaran. Con el tiempo dejé de llorar, dejé de sentirme mal conmigo misma.

Recuerdo que al inicio lloraba cada día al llegar a casa, odiaba sentirme así, tan vulnerable ante situaciones que creía que no podía controlar. Tuve que repetir cuadernos enteros porque ellos los destruían, tuve que aguantar todos los sobrenombres, los insultos hasta un punto en el que llegué a creer que lo que decían era verdad.

—Eres fea y siempre estarás sola —le oí gritar riendo mientras dibujaba todo tipo de cosas grotescas sobre el pizarrón.

—Yo puedo cambiar, pero tú nunca dejarás de ser un idiota —respondí volviendo mi atención al libro que tenía entre mis manos. Sus palabras ya no me molestaban, se podría decir que me había acostumbrado. Había desarrollado una inesperada y fuerte resiliencia.

—En verdad estás mal de la cabeza —continuó riendo enfrascado en su horrorosa obra de arte, mientras yo salía del salón.

—Lo tomaré como un cumplido —jamás olvidaré la expresión que traía en el rostro, creo que nunca lo había visto tan confundido, seguramente pensó que no respondería, que bajaría la mirada como solía hacerlo, pero ya no más. Solo sonreí y con libro en mano seguí caminando hacia la cafetería.

Ahora ya no podían hacer nada, ahora todo era diferente. Tenía aquel lugar al que solo yo podía entrar, en donde podía ser yo misma. Mientras que a mí me faltaban todavía un año para graduarme del colegio, a Arya le faltaban unos días nada más.

Se encontraba en la habitación que compartía desde hace cuatro años con Samantha, gracias a que no había descuidado sus estudios mientras estaba en

casa, le habían permitido entrar en tercero, evitándole empezar desde primer curso el instituto.

Una sombra de incomoda curiosidad se reflejaba en su mirada mientras observaba la caja blanca que se encontraba sobre su cama, aunque no hablaba mucho con su madre, Ariana había insistido en enviarle el vestido para su baile de graduación. El día anterior le habían informado que la calificación de su ensayo final resultó ser casi perfecta y que oficialmente su tiempo en el instituto había terminado. Ahora solo quedaba una última tarea por cumplir, la tan esperada y temida ceremonia de graduación.

—Espero que no sea demasiado llamativo —murmuró para sí misma mientras abría la caja—. Gracias al cielo —suspiró aliviada al observar la seda azul marino de la que estaba hecha su vestido. Delineó con su dedo los detalles en encaje negro mientras sus pensamientos se perdían una vez más.

Le sorprendía que después de todos esos años en los que las reuniones con su familia habían sido mínimas, su madre aún recordara con detalle cuál era su color favorito. Las mariposas grabadas en el encaje eran perfectas. La morpho azul era de sus mariposas favoritas, estaba segura de que no se lo había dicho a nadie. Y, sin embargo, el detalle estaba ahí.

—Tal vez, esta noche, todo salga bien —sonrió mientras miraba su reflejo en el espejo junto a su cama. Volvió su mirada hacia el reloj que colgaba de la pared, faltaba poco menos de dos horas para que empezara la ceremonia, y eso era poco tiempo para cualquier persona.

Se apresuró a cambiarse antes de que llegaran sus compañeras a la habitación, sabía que en cuanto Sam y Caroline entraran por aquella puerta, todo se volvería un caos. Sujetó su cabello en una media cola alta, dejando que sus risos cayeran hasta llegar debajo de sus hombros.

—No voy a poder arreglarme como debería —entró quejándose Sam mientras sostenía un vestido verde agua en sus manos.

—Tienes cerca de dos horas, creo que es tiempo suficiente —respondió Arya mientras se maquillaba. Había optado por llevar colores tierra, algo poco llamativo, discreto.

—¿Estás loca? Dos horas es insuficiente para todo lo que tenemos que hacer si queremos que sea perfecto —mencionó Caroline al entrar a la habitación junto con un vestido beige desbordándose de una caja.

—Es verdad, tal vez tú no lo necesites, pero nosotras si —mencionó Sam mientras se miraba al espejo—. Tú siempre te ves bien.

Suspiró al escuchar de nuevo ese comentario, con frecuencia sus amigas le recordaban lo bendecida que había sido con sus genes. Su piel carecía de imperfecciones, las líneas de expresión tampoco se le habían marcado con el tiempo, era como si hubiera sido creada para que los estragos que con el tiempo terminaban afectado tanto a hombres como mujeres no la afectaran. Se podría decir que, pese a estar consciente de la suerte que poseía, Arya no era vanidosa.

—Las veo en el salón —dijo Arya mientras salía de la habitación, pese a que las quería, no aguantaba cuando se ponían pesadas. Un par de veces habían discutido porque ellas insistían en que jamás serían como ella, y eso molestaba a Arya casi todo el tiempo.

Recorrió con nostalgia los pasillos del instituto, no tenía muy claro que era lo que sucedería cuando ya no pudiera regresar, cuando todo terminara. Observaba a los estudiantes de los niveles inferiores ir y venir. Cada uno cargando libros y sus tareas, haciendo bromas entre ellos. Tan ajenos a la razón por la que se encontraban ahí, portando con orgullo el color de su nivel y deseando que llegase el próximo año para poder avanzar, para crecer.

Conforme se acercaba podía escuchar cada vez con más claridad el estruendo de la música, las risas de sus compañeros. Miró en la ventana su reflejo asegurándose que todo se encontrara en su sitio y continuó su camino hacia el salón.

Las personas que se habían encargado de la decoración realmente habían hecho su mejor esfuerzo, las paredes blancas del salón contrastaban con la serie de cortinas negras que colgaban de ellas. Un florero de cristal descansaba en cada mesa, sosteniendo en su interior una docena de tulipanes, cuyos colores variaban entre el rosa pastel y el azul cielo.

Al levantar la mirada, todo aquel que ingresaba al salón se quedaba atónito, la araña de cristal que se encontraba suspendida en el centro era impresionante, más de dos docenas de luces iluminaban cada uno de los cristales, reflectando sus destellos por toda la habitación.

—Es increíble —susurró en el momento en que ingresaba al lugar, varios de sus compañeros ya se encontraban allí, personas a las que tal vez no volvería a ver pasaban a su lado, cada uno con su respectiva pareja.

—Llegué a pensar que no vendrías —dijo acercándose el joven que había conocido días atrás. Llevaba un esmoquin negro perfectamente planchado, su presencia era casi impecable, si no fuera porque su cabello se encontraba

desordenado.

—Hola Kaleb —sonrió amablemente al recién llegado.

—Hola Arya, el uniforme no te hace justicia, tengo que decir que hoy te ves hermosa —respondió sonriendo mientras acomodada el nudo del lazo de su corbatín— ¿Estás lista para las pruebas?

—¿Pruebas? —La pregunta fue apenas audible para Kaleb, a decir verdad, era más para sí misma.

—Se supone que debería ser un secreto, pero hace un par de horas lo escuche al pasar por la oficina de la directora —respondió mientras se percataba de que nadie lo escuchara—. Como seguramente ya sabías, eventualmente teníamos que elegir una especialidad, pero lo que no nos contaron es que las pruebas nos mostrarán a cuál pertenecemos, aunque tenemos la opción de no elegir ninguna.

Estaba consciente de que tendría que elegir una especialidad, eso lo sabía desde que ingresó al instituto, incluso mucho antes que todos los que se encontraban allí. El instituto aceptaba a todos aquellos a los que la vida les había dotado con astucia y una inteligencia privilegiada. Personas que tenían un don para descifrar, investigar y descubrir cosas. La escuela se encargaba de entrenar a jóvenes prodigios con el fin de que trabajen para organizaciones de seguridad privadas. Toda moneda tiene dos lados. Sabía a cuál quería pertenecer, pero temía que las pruebas arrojaran otros resultados.

—¿Sabes cuándo tendremos que presentarnos? —Preguntó mientras miraba al muchacho que tenía enfrente. Había escuchado rumores de que algunos estudiantes habían perdido sus ideales, incluso sus vidas intentando cambiar lo que eran, nadie les había asegurado que sería sencillo salir de allí.

—Tengo entendido que será después del baile, tal vez mañana —susurró como si se tratara de un gran secreto—. Pero eso no es importante, hoy no, no esta noche —dijo sonriendo mientras la tomaba de la mano, llevándola hacia el centro del salón— ¿Quieres bailar?

Una suave sonrisa se hizo presente en los labios de Arya al oír las palabras de Kaleb, después de todo ese tiempo a veces seguía creyendo que era invisible para los demás. A veces le gustaba sentirse así, saber que no dependía de nadie y que no era indispensable para otras personas le hacía sentir, de cierta manera, libre.

—Sería un honor —respondió esbozando una sonrisa, aquel era el primer baile al que asistía y deseaba guardar gratos recuerdos de aquella noche.

Con una mano abrazó su cintura mientras que la mano de Arya reposaba sobre el hombro del joven que ahora se encontraba delante de ella. En la mayoría de los libros que había leído estaban presentes este tipo de escenas, un baile que podía cambiar el destino de dos desconocidos para siempre. Jamás podría adivinar el impacto que tendría ese breve momento en su vida.

—Espero que después de esto, el tiempo no nos convierta en nada más que nombres que tal vez un día nuestra memoria ya no logre recordar —la miraba a los ojos como si ella fuera lo más increíble y maravilloso que jamás hubiera visto.

Al instante en que sus oídos escucharon aquellas palabras, el color subió a sus mejillas. Nunca pensó que algo así podría pasarle a ella, estaba consciente de lo efímeros que eran los sentimientos a su edad, la posibilidad de que ambos siguieran el mismo camino era casi remota.

Sabía que después de esa noche todo sería diferente, porque en tan solo unas pocas horas tendrían que tomar aquella decisión que cambiaría sus vidas para siempre. La voluntad de sus corazones sería puesta a prueba, una prueba que podría revelar los más oscuros secretos de cada uno de los jóvenes que en ese momento se encontraban bailando tranquilamente en ese lugar.